

Vocación a la santidad en Cristo y en la Iglesia

Fernando Ocáriz

Ateneo Romano de la Santa Cruz, Roma

Como es lógico, la finalidad de esta ponencia sobre la *Vocación a la santidad en Cristo y en la Iglesia* se encuentra determinada por el contexto del presente Congreso. En concreto, se trata de bosquejar una visión de conjunto del tema, que sirva como marco en el que se encuadren de manera armónica las ponencias posteriores, dedicadas a la profundización teológica de las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá. No obstante, teniendo en cuenta la originalidad y la hondura de las enseñanzas del fundador del Opus Dei sobre la vocación universal a la santidad, las referencias a sus obras resultarán, también en esta primera ponencia, no sólo frecuentes, sino decisivas¹.

Articularé mi intervención en cuatro puntos:

1. La llamada a la santidad como vocación a ser y vivir *in Christo*;
2. La universalidad de esta llamada divina;
3. La dimensión eclesial de la vocación y de la santidad;
4. La vocación a la santidad y la misión de reconciliar la creación con Dios.

1. Seguiré en ciertos momentos —con añadidos ulteriores— algunas de las reflexiones que he publicado recientemente en el volumen P. RODRÍGUEZ-F. OCÁRIZ-J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid 1993, cap. II, pp. 135-198.

1. *Llamados a la santidad en Cristo* Todavía hoy es frecuente que el concepto de *santidad*, referido al hombre, evoque como objeto de estudio teológico, sobre todo, la Teología Espiritual. Por eso, antes de recaer en la perspectiva ascética y mística, me parece importante recordar que el concepto de santidad es un concepto teológico fundamental, vinculado a la misma esencia de la Revelación divina en la historia. En efecto, en la Constitución dogmática *Dei Verbum* leemos que «Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como a amigos y trata con ellos, para invitarlos y recibirlos en la comunión con Él»².

Esta comunión con Dios, en la que consiste la santidad del hombre, ha tenido a lo largo de la historia de la salvación expresiones distintas. Entre ellas, en el Antiguo Testamento, resulta central la Alianza entre Dios e Israel, con la correspondiente presencia de Dios junto a su pueblo³. La comunión establecida por la Alianza lleva consigo una peculiar *pertenencia* de Israel al Dios trascendente (Santo) y, por ende, una santidad del pueblo, entendida precisamente como especial pertenencia al Santo y, de ahí, como separación de los otros pueblos. Esta santidad implicará también una exigencia moral para los miembros del Pueblo santo: exigencia expresada en las solemnes palabras del *Levítico*: «Sed santos, porque Yo, El Señor vuestro Dios, soy santo»⁴.

En la Nueva Alianza establecida en Cristo, este designio divino de santidad se extiende de forma explícita a todos los pueblos, a todos los hombres, a tenor del eterno beneplácito de Dios, revelado ya en la promesa hecha a Abraham: «Por tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra»⁵. Por eso san Pablo podrá decir no sólo a los judíos sino también a los gentiles: «Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación»⁶. Esta santificación indica primordialmente, por así decirlo, el compromiso

2. CONC. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 2.

3. Cfr., por ejemplo, L. BOUYER, *La Bible et l'Évangile*, París 1951, pp. 11-38.

4. *Lv* 19,2; cfr. 11,14.

5. *Gen* 22,18. Cfr. *Gal* 3,16.26-29.

6. *1 Ts* 4,3.

de Dios: lo que Él quiere llevar a término es la santificación del hombre. Mas como la persona humana es libre, la afirmación paulina lleva consigo también una exigencia moral para el hombre. Esta dimensión moral de la llamada a la santidad alcanza una expresión particularmente fuerte en las palabras de Jesús: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»⁷.

Sobre la conexión entre los conceptos de perfección y santidad volveré más adelante. Antes, resulta oportuno manifestar que la invitación a la comunión con Él, que Dios propone al hombre, pone de relieve la divina voluntad salvífica universal. Dejando a un lado su distinción semántica, los términos *salvación* y *santidad* poseen el mismo significado real. Como escribe san Pablo a Timoteo, Dios «quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad»⁸; o, lo que es lo mismo, a la unión personal, no sólo intelectual, con aquella Verdad que es también Camino y Vida⁹: esto es, con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo¹⁰. «Esta es la gran osadía de la fe cristiana —leemos en una homilía del beato Josemaría—: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre, y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante del Espíritu Santo»¹¹.

La santidad, en cuanto comunión con Dios, es la participación de la persona creada en la santidad increada de Dios¹²;

7. Mt 5,48.

8. 1 Tm 2,4. Cfr. 2 Tm 2,25; Heb 10,26; Col 3,10.

9. Pueden consultarse H. ZIMMERMANN, *Conoscere*, y J.B. BAUER, *Verità*, en J.B. BAUER (ed.), «Dizionario di Teologia Biblica», Brescia 1969, pp. 292-298 y 1.512-1.524.

10. Cfr. Io 14,6.

11. *Es Cristo que pasa*, n. 133.

12. Cfr. L. SCHEFFCZYK, *La santidad de Dios, fin y forma de la vida cristiana*, en «Scripta theologica» 11 (1979), pp. 1.021-1.036; J.L. ILLANES, *Mundo y santidad*, Madrid 1984, pp. 21-36.

más en concreto, es comunión-participación de los hombres en la vida intratrinitaria¹³, como *hijos en el Hijo*¹⁴. En consecuencia, según una profunda expresión del fundador del Opus Dei, la santidad es «la plenitud de la filiación divina»¹⁵, y, por tanto, la plena identificación con Jesucristo, Hijo Unigénito del Padre¹⁶. Por consiguiente, hemos de decir que la voluntad salvífica universal se actualiza, en cuanto llamada a la santidad, como *vocación cristiana*: en el designio de Dios, todo hombre es concebido y amado en Cristo, es decir, como cristiano¹⁷.

A su vez, la vocación presupone una elección: como leemos en la *Carta a los Efesios*, Dios nos ha escogido en Cristo «antes de la creación del mundo, para que seamos santos»¹⁸; de modo que podemos afirmar con san Clemente Romano que «Dios eligió a nuestro Señor Jesucristo, y a nosotros con Él»¹⁹. Con otras palabras, «Jesucristo, que es el Elegido por antonomasia, concentra en Sí toda la elección divina, y los cristianos serán por eso hombres y mujeres en Cristo»²⁰. Se comprende ahora mejor la profundidad de aquel texto de la Constitución *Gaudium et spes* que sostiene que sólo en Cristo el hombre se desvela plenamente al hombre; sólo en el misterio del Verbo encarnado se encuentra *ab eterno* el origen, el sentido y el fin de la existencia de cualquier persona humana, la sublimidad de su vocación²¹.

La plena identificación con Cristo es inseparable de la perfección de la caridad, porque la caridad —según explica santo To-

13. Cfr. 2 Pt 1,4; 1 Io 1,3.

14. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, 18-V-1986, n. 32.

15. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta* del 2 de febrero de 1945, n. 8.

16. Cfr. Rom 8,29-30. Cfr. F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, en F. OCÁRIZ-I. DE CELAYA, *Vivir como hijos de Dios*, Pamplona 1993, pp. 15-89.

17. Cfr. A. PIGNA, *La vocación: teología y discernimiento*, 2.ª ed., Madrid 1988, p. 15.

18. Eph 1,4.

19. S. CLEMENTE ROMANO, *Epist. ad Corint.*, c. 64 (Funk 1, 182). Cfr. SAN AGUSTÍN, *Sermo* 304, 1-4 (PL 38, 1.395-1.397).

20. J. MORALES, *La vocación en el Antiguo Testamento*, en «Scripta theologica» 19 (1987) p. 61.

21. Cfr. CONC. VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

más de Aquino— es «una cierta participación del amor infinito que es el Espíritu Santo»²²; y es la misión del Espíritu Santo la que hace que nosotros podamos ser «regenerados como hijos en el Hijo»²³. Por tanto, la caridad constituye, en el orden operativo de las virtudes, la plenitud de la ley²⁴, la esencia de la santidad.

A la misma conclusión se llega al considerar la *santidad como perfección* del hombre, a tenor del precepto de Cristo que nos llama a ser perfectos como perfecto es el Padre celestial. Como bien se sabe, el significado etimológico de las palabras *perfección* y *perfecto*, tanto en latín (*perfectio, perfectus*) como en griego (*teleiotes, téleios*), apunta a la idea de la obtención del término de un proceso de realización o de maduración. De ahí, como es obvio, que tal significado pueda aplicarse a Dios sólo en sentido analógico impropio. Por el contrario, en sentido analógico propio, resulta aplicable a Dios el concepto de perfección como *plenitud del ser y, por eso, de la bondad*. En la persona humana, compuesta de materia y de espíritu en unidad sustancial, la perfección resulta, por decirlo de algún modo, fraccionada en distintas «perfecciones». No obstante, como explica santo Tomás de Aquino, el hombre es bueno *simpliciter et totaliter* gracias a su voluntad buena, mientras que cualquier otra perfección, incluso intelectual, lo torna bueno sólo *secundum quid*; y la razón de esto es que la voluntad libre constituye la facultad que dirige a la persona entera²⁵. Por consiguiente, en el orden sobrenatural la caridad representa la superior bondad de la voluntad y, por ende, la que torna al hombre *simpliciter et totaliter bonus*: la perfección sobrenatural

22. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I-II, q. 24, a. 7, c. Acerca de la santidad como perfección de la caridad, cfr. *ibidem*, q. 184, a. 3.

23. JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 12; cfr. n. 11. Por consiguiente, la dinámica de la vida cristiana puede sintetizarse así: «al Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo» (IDEM, Enc. *Dominum et vivificantem*, cit., n. 32). Para profundizar en estos extremos cabe consultar F. OCÁRIZ, *Hijos de Dios en Cristo. Introducción a una teología de la participación sobrenatural*, Pamplona 1972.

24. *Rom* 13,10. Cfr. *1 Cor* 13,1-3.

25. Cfr. STO. TOMÁS DE AQUINO, *De virtutibus in communi*, a. 9 ad 16. Ver también C. FABRO, *El primado existencial de la libertad*, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, 2.ª ed., Pamplona 1985, p. 344.

del hombre —su santidad— se encuentra constituida por la caridad.

Mas esta perfección no se halla jamás completamente dada, por cuanto siempre es perfectible: en el orden natural, por la apertura ilimitada del espíritu; y en el orden sobrenatural, por la índole también ilimitada de la caridad. Por eso leemos en el *Apocalipsis: el santo, santifíquese todavía más*²⁶. De esta suerte, nuestra reflexión sobre la santidad como perfección alcanza la otra definición de la santidad; es decir, la santidad como comunión con Dios en Cristo: como identificación con Cristo. En efecto, sólo Cristo es *el hombre perfecto*, en el sentido preciso de que sólo la naturaleza humana unida hipostáticamente a la Persona divina se encuentra en comunión con el Dios no perfectible, y sólo esta naturaleza humana del Verbo encarnado, gracias precisamente a la unión hipostática, posee la plenitud de gracia y de caridad en sentido absoluto.

De todo esto —envuelto en la oscuridad luminosa del misterio trinitario y cristológico— derivan importantes consecuencias teológicas relativas a la vida espiritual. Y, así —como subrayara Mons. Álvaro del Portillo—, en la vida y en las obras del beato Josemaría encontramos una espiritualidad firmemente radicada en la «profunda perfección de la riqueza contenida en el misterio del Verbo Encarnado»²⁷. Pero debemos detenernos aquí, para pasar al segundo punto de nuestra ponencia.

2. *Universalidad de la vocación a la santidad* De cuanto hemos recordado hasta ahora, emerge patente la universalidad de la vocación divina a la santidad *en Cristo*, esto es, de la vocación cristiana. El significado más directo de esta universalidad es lo

26. *Ap* 22,11: interpretado en este sentido por el *Conc. de Trento*, Decr. *De iustificatione*, cap. 10 (DS 1.535).

27. Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, realizada por C. Cavalleri, Madrid 1993. Cfr. también T. GUTIÉRREZ CALZADA, *Teología, cultura y amor a la Iglesia, en el beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «Scripta theologica» 25 (1993), en especial las páginas 176-184.

que podríamos llamar su dimensión subjetiva, en el sentido de que todos los hombres se encuentran personalmente llamados. De ahí que la universalidad no deba entenderse aquí como contrapuesta a la particularidad o singularidad: no se trata de una llamada simplemente *general*, porque, como a Israel, a todos singularmente dice el Señor: «Yo te he redimido y te he llamado por tu nombre»²⁸. Pero existe también una dimensión *objetiva* de la universalidad de la vocación, constituida por el hecho de que todas las circunstancias de la vida de cada uno pueden ser *lugar y medio de santificación*; y, además, porque en todos los momentos de la existencia de cada uno se encuentra presente y operativa la palabra de Dios que llama; a lo que podríamos denominar el carácter *omnicomprensivo* de la vocación.

Desde el comienzo de su misión fundacional, el beato Josemaría Escrivá predicó incesantemente la vocación universal a la santidad en las dos dimensiones que he llamado *subjetiva y objetiva*²⁹. Así, por ejemplo, se expresaba en una *Carta* fechada el 24 de marzo de 1930: «Hemos venido a decir, con la humildad del que se sabe pecador y poca cosa —*homo peccator sum* (Lc 5,8), decimos con Pedro—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad: no es necesario abandonar el propio estado en el mundo, para buscar a Dios, si el Señor no da a un alma la vocación religiosa, ya que todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo»³⁰.

En aquella época (y también después, durante muchos años), esta doctrina no era habitual en los ambientes cristianos. La *dimensión subjetiva* de la universalidad de la vocación (esto es, el

28. Is 43,1.

29. Cfr. Á. DEL PORTILLO, *Una vida para Dios: reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1992, pp. 69-73.

30. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta* del 24 de marzo de 1930, n. 2. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 20.

hecho de que todos son llamados) se puede encontrar más o menos explícitamente en la predicación y en las obras escritas de muchos santos y maestros de espiritualidad de cualquier tiempo³¹; pero se trataba de una afirmación débil, por cuanto la santidad era considerada más bien como una posibilidad extremadamente remota para *todos* los cristianos, entre los que sólo algunos podían *de hecho* emprender el camino hacia ella.

Todavía menos difundida se encontraba la conciencia de la que hemos denominado *dimensión objetiva* de la universalidad de la vocación a la santidad, es decir, que todas las situaciones y las circunstancias de la vida ordinaria pueden y deben ser lugar y medio de comunión con Dios. No se reconocía que la mayor parte de los cristianos, inmersos en las actividades temporales, se encontraban llamados a la santidad no «a pesar» de las circunstancias de su vida ordinaria, y tampoco «paralelamente» a éstas, sino justamente *en ellas* y *a través* de ellas. Escribía el fundador del Opus Dei: «¡Qué claro estaba, para los que sabían leer en el Evangelio, esa llamada universal a la santidad en la vida ordinaria, en la profesión, sin abandonar el propio ambiente! Sin embargo, durante siglos, no la entendieron la mayoría de los cristianos: no se pudo dar el fenómeno ascético de que muchos buscaran así la santidad, sin salirse de su sitio, santificando la profesión y santificándose con la profesión. Y muy pronto, a fuerza de no vivirla, fue olvidada la doctrina»³².

Hoy, sobre todo tras las enseñanzas del Concilio Vaticano II³³, esta doctrina se encuentra ampliamente difundida y explícitamente enunciada en el *Catecismo de la Iglesia Católica*³⁴, y ha sido reconocida una vez más por Juan Pablo II en la reciente Encíclica

31. Un resumen parcial, pero significativo, puede encontrarse en J. DAUJAT, *La vita soprannaturale*, Roma 1958, pp. 561-573.

32. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta* del 9 de enero de 1932, n. 91. Respecto a semejante «olvido de la doctrina» consultar el denso resumen histórico de J.L. ILLANES, *Dos de octubre de 1928: alcance y significado de una fecha*, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, cit., en particular pp. 96-101. Cfr., del mismo autor, *Mundo y santidad*, cit., pp. 65-79.

33. Cfr. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, nn. 11, 39-41.

34. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 825.

Veritatis splendor, justo como comentario a un pasaje del Evangelio —el del joven rico— que, a primera vista, pudiera parecer que establece una distinción entre vocación a la vida eterna y vocación a la perfección³⁵. Persiste con todo una mentalidad que se empeña en seguir viendo la santidad como algo asequible sólo a unos pocos. Tal como afirmara el cardenal Joseph Ratzinger, «la palabra “santo” en el curso del tiempo ha experimentado una peligrosa restricción, que todavía actúa hoy. Pensamos en los santos representados en los altares, en milagros y virtudes heroicas, y sabemos que se trata de algo reservado a pocos elegidos, entre los que no podemos incluirnos nosotros. Dejamos la santidad a estos pocos desconocidos y nos limitamos a ser como somos. Josemaría Escrivá ha despertado a las personas de esta apatía espiritual: no, la santidad no es algo insólito, sino una realidad habitual y normal para todos los bautizados. No consiste en hazañas de imprecisado e inalcanzable heroísmo, sino que posee millares de formas; puede ser realizada en cualquier estado y condición»³⁶.

Efectivamente, la perfección de la caridad, la plenitud de la filiación divina, no se encuentra por fuerza ligada a acciones extraordinarias o extrañas a la vida de todos los días; más aún, puede y debe informar el entero comportamiento, incluidas las acciones que parecen más insignificantes; por medio de todas estas acciones la persona ha de vivir en comunión continua con Dios. Leemos en la *Primera carta a los Corintios*: «Hermanos, cada uno permanezca delante de Dios en la condición [el original griego dice klesis, “vocación”] en la que estaba cuando fue llamado»³⁷. Como es obvio, esto significa que de por sí la vocación cristiana —excepto algunas particulares concreciones— no reclama un cambio de situación en el mundo; más aún, cabría decir que, en cuanto exige para los fieles comunes que permanezcan en su condición, confirma todo el valor de la vida ordinaria en medio

35. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis splendor*, 6-VIII-1993, n. 18.

36. J. RATZINGER, *Homilía*, 19 de mayo de 1992, en AA.VV., *17 Maggio 1992. La beatificazione di Josemaría Escrivá de Balaguer, fondatore dell'Opus Dei*, Milán 1992, p. 113.

37. 1 Cor 7,20.

del mundo, como lugar y medio para alcanzar el fin de la vocación, que no es otro que la santidad³⁸.

Esto nos lleva a considerar la realidad de la llamada *vocación humana* como parte integrante de la vocación del hombre a la santidad. Cuando se habla de *vocación humana* se hace referencia a aquellas capacidades naturales, enriquecidas por la formación y forjadas por las circunstancias de la vida y de las precedentes elecciones personales, que inclinan a la persona a dotar de cierta orientación a la propia existencia. A la luz de la fe, el cristiano descubre en esta inclinación un plano de la Providencia y, por tanto, una llamada de Dios. La inclusión de la vocación humana en el seno de la divina era explicada por el beato Josemaría, en una de sus homilias, con estas palabras: «Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. Esta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo al mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que da fisonomía peculiar a vuestra personalidad humana, que es vuestra manera de estar en el mundo; ese hogar, esa familia vuestra; y esa nación, en la que habéis nacido y a la que amáis»³⁹.

Cualquier realidad humana honesta puede por tanto ser lugar y medio para vivir el amor cristiano en que consiste la plenitud de la ley. Es lo que afirmaba enérgicamente el beato Josemaría, bien convencido de que este era el núcleo de su mensaje; y lo decía sobre todo a propósito del trabajo, que es una realidad humana fundamental: «Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de

38. Acerca de esta exégesis de 1 Cor 7,20, ver A. GARCÍA SUÁREZ, *El misterio de la Parusía y el apostolado de San Pablo*, en «Misiones Extranjeras» 11 (1964) pp. 144-146; P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, 2.ª ed., Pamplona 1987, pp. 37-42; M.A. TÁBET, *La santificazione nella propria condizione di vita (Commento esegetico di 1 Cor 7,17-24)*, en «Romana» 4 (1988) pp. 169-176.

39. *Es Cristo que pasa*, n. 46. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 60.

gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por Él, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: *ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios (1 Cor 10,31)*»⁴⁰.

Tal como explicaba antes, la universalidad objetiva de la vocación a la santidad lleva también aparejado el carácter *omnicomprensivo* de la llamada de Dios. Ésta, en efecto, implica toda la vida. Más aún, la llamada divina es fundamento del mismo ser del hombre: con la misma Palabra, Dios llama a la existencia y a la santidad, precisamente porque la santidad constituye la finalidad de la existencia. Por consiguiente, «la fe y la vocación de cristianos —leemos en una homilía del beato Escrivá— afectan a toda nuestra existencia, y no sólo a una parte. Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega, y asumen un sentido de totalidad»⁴¹. Y es asimismo este nexo entre vocación, existencia y santidad, lo que hace de la vocación algo constante —«el Señor nos busca en todo momento»⁴²— y definitivo, también para aquellos que no son fieles: como leemos en la *Carta a los Romanos*, «los dones y la llamada de Dios son irrevocables»⁴³.

Con todo, vale la pena subrayar que esta implicación total de la existencia en la lógica de la vocación no significa que cada elección y cada acción del cristiano se encuentren predeterminadas de manera unívoca por la llamada divina, como si la libertad cristiana se redujera a la simple aceptación de un querer divino preconstituido, provisto de un significado siempre cognoscible y unívoco. Lo que realmente sucede es que todas las decisiones, todas las acciones, también aquellas que la vocación no determina unívocamente en su materialidad (y son la mayor parte), han de vivirse formalmente en la lógica de la vocación: o, lo que es lo mismo, en la lógica del amor a Dios y del amor al prójimo. Es éste el sentido en el que la vocación no sólo abraza toda la vida, sino que la torna también intrínsecamente unitaria: y aquí volve-

40. *Es Cristo que pasa*, n. 48.

41. *Ibidem*, n. 46.

42. *Amigos de Dios*, n. 196.

43. *Rom* 11,29.

mos a encontrarnos con la exigencia de esa *unidad de vida* que el beato Josemaría predicara siempre en su original y profunda visión de la vida cristiana ⁴⁴.

Al reconocimiento de todos estos aspectos de la dimensión objetiva de la llamada universal a la santidad, se encuentra unida la contemplación profunda del misterio de la Encarnación; de aquel misterio que Juan Pablo II resumía diciendo que «el “engendrado antes de toda criatura” (Col 1,15), encarnándose en la humanidad individual de Cristo, se une en cierto modo con la entera realidad del hombre —el cual es también “carne”— y en ella con toda «carne», con toda la creación» ⁴⁵. El mundo, que es bueno y se encuentra transido de una lógica por cuanto ha sido creado por Dios mediante el *Logos* ⁴⁶, tras la Encarnación redentora se halla dotado de una nueva bondad y de una nueva lógica. Por eso —repetía el beato Josemaría— «hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios» ⁴⁷.

3. *Vocación en la Iglesia* Cuando se reflexiona sobre la universalidad de la llamada a la santidad, viene espontáneamente a la cabeza el pensar en la masa de hombres y mujeres que no poseen noción alguna de esta vocación. ¿No es contradictorio sostener que Dios llama a la santidad también a aquellos que ni siquiera se dan cuenta? Hay que decir, antes que nada, que no podemos conocer las infinitas vías con que la Palabra de Dios puede alcanzar la intimidad de las con-

44. Cfr. I. DE CELAYA, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, en F. OCÁRIZ-I. DE CELAYA, *Vivir como hijos de Dios*, cit., pp. 90-128.

45. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, cit., n. 50.

46. Cfr. *Io* 1,3; *Col* 1,16; *Heb* 1,2. Cfr. J. RATZINGER, *Creazione e peccato*, Roma 1986, pp. 18-20. (Edición española «Creación y pecado», Pamplona 1992).

47. *Es Cristo que pasa*, n. 112.

ciencias; pero a continuación el asunto remite a dos aspectos del modo en que la Palabra de Dios se hace presente en la historia.

a) el primero de estos aspectos es la mediación humana de la Palabra de Dios: pues ésta, para ser comprendida y acogida por el hombre al que se dirige, exige una mediación humana. De hecho, esta mediación constituye una constante en la historia de la Revelación, de la Palabra de la Alianza y de la Palabra Profética, hasta la plenitud de la Revelación, cuando la Palabra se hizo hombre en Cristo;

b) el segundo aspecto del modo como la Palabra divina se torna presente en la historia lo constituye el carácter a la vez individual y colectivo, es decir, personal y comunitario, de la llamada de Dios al hombre⁴⁸, y de la deificación o santificación, que es la finalidad de esta llamada⁴⁹. En efecto, Dios se sirvió del pueblo de Israel y sucesivamente de la Iglesia para hacer llegar a la humanidad el conocimiento de sus designios de salvación.

Los dos aspectos —la mediación humana y el carácter a la vez personal y comunitario— determinan conjuntamente la *eclesialidad* de la vocación cristiana, en el sentido de que Dios llama al hombre a formar parte de la Iglesia, pero lo llama además por medio de la Iglesia. La vocación a la santidad es sin duda universal, pero Dios quiere que se pueda reconocer como una verdadera y propia llamada de Dios a través de la mediación humana y comunitaria de la Iglesia⁵⁰. Con otras palabras, la Iglesia no sólo constituye el sujeto destinatario de la elección-vocación (prefigurada por la de Israel), sino que también se encuentra revestida de la misión de hacer presente esta misma vocación a todos los hombres con la eficacia propia de la Palabra de Dios, que no sólo llama a la santidad sino que nos hace efectivamente santos.

48. Sobre este punto puede consultarse, por ejemplo, J. MORALES, *La vocación en el Antiguo Testamento*, cit., especialmente las pp. 33-35.

49. Cfr. COMMISSIONE TEOLOGICA INTERNAZIONALE, *Teologia, cristología, antropología*, n. I, E, 5, en *Documenta-Documenti* (1969-1985), Ciudad del Vaticano 1988, p. 333.

50. E. ANCILLI, *Santità cristiana*, en «Dizionario enciclopedico di spiritualità» (dir. E. ANCILLI), III, Roma 1990, pp. 2.246-2.249.

Esta Iglesia es convocación (*ekklesia*) de los santos⁵¹, que son justamente los elegidos (*ekklektoi*)⁵² y los llamados (*kletoi*)⁵³. Ya el bautismo es una llamada eficaz a la santidad: como escribió Tertuliano, los cristianos son «llamados mediante el agua [*aqua vocati*]»⁵⁴ a la comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo; y no sólo llamados sino efectivamente introducidos en esta comunión, que es la esencia de la santidad. Así, leemos en la *Lumen gentium*: «Con el bautismo de la fe han sido hechos verdaderos hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina, y, por lo mismo, realmente santos»⁵⁵. Precisamente por esto se habla con razón de «vocación bautismal»; la cual, en cuanto se sitúa en el interior de la vocación de la Iglesia⁵⁶, es una llamada no sólo a la santidad, sino también al apostolado⁵⁷; en efecto, toda la Iglesia se encuentra llamada a anunciar, actualizar y extender el misterio de comunión que la constituye: esto es, a reunir todo y a todos en Cristo⁵⁸. Como dijo el beato Josemaría Escrivá, «corresponde a los millones de mujeres y de hombres cristianos que llenan la tierra, llevar a Cristo a todas las actividades humanas, anunciando con sus vidas que Dios ama a todos y quiere salvar a todos»⁵⁹.

Queda claro, por tanto, un hecho: el que innumerables personas desconozcan la vocación a la santidad —o, por lo menos, no tengan de ella una conciencia refleja—, nada quita a la universa-

51. Cfr. *Hec* 9,13.32; 26,10; *Rom* 12,13; 2 *Cor* 13,12; *Ap* 5,8; etc.

52. Cfr. *Rom* 8,33; *Col* 3,12; 2 *Tm* 2,10.

53. Cfr. *Rom* 1,6s; 1 *Cor* 1,24; *Ap* 17,14.

54. TERTULIANO, *De Baptismo*, 16. Cfr. J. MORALES, *La vocación cristiana en la primera patrística*, en «Scripta theologica» 23 (1991) pp. 837-889.

55. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 40.

56. Consultar J.L. ILLANES, *Vocación*, en «Gran Enciclopedia Rialp», XXIII, p. 661; S. BISIGNANO, *Vocazione*, en «Dizionario Enciclopedico di spiritualità», III, p. 2.672.

57. Cfr. CONC. VATICANO II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

58. Cfr. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communiois notio*, 28-V-1992, n. 4. Se trata, pues, de la sacramentalidad de la Iglesia; sobre este tema, consultar: B. GHERARDINI, *La Chiesa è sacramento. Saggio di teologia positiva*, Roma 1976.

59. *Conversaciones*, n. 112.

lidad de esta llamada; más bien nos recuerda que, además de en el inescrutable hacerse presente de Dios en la conciencia de todo hombre, la economía de la Encarnación y de la Redención continúa en el misterio de la Iglesia. Y así, la Palabra divina que llama a la santidad quiere resonar en todos los hombres mediante la palabra de la Iglesia, mediante la palabra de los discípulos del Señor.

También cuando considerábamos la santidad como plenitud de la caridad, veíamos aparecer la «dimensión eclesial» de la vocación cristiana: pues es ésta una llamada a la santidad que, configurándose como comunión con Dios en Cristo, resulta asimismo, y por fuerza, comunión con *todos los santos* —es decir, con la Iglesia universal—, y se vive justamente como comunión en la caridad; en aquella caridad que es «el vínculo de la perfección»⁶⁰ y raíz de la unidad de la Iglesia⁶¹, junto con la Eucaristía de la que constantemente se alimenta. Por eso, toda auténtica toma de conciencia de la vocación cristiana en cualquiera de sus determinaciones personales excluye el individualismo y el aislamiento, por cuanto lleva consigo la apertura a la comunión de la Iglesia universal y, mediante la Iglesia, a la comunión con la entera humanidad.

Esta dimensión eclesial de la vocación a la santidad no excluye que dentro del pueblo de Dios se dé una gran diversificación: la comunión eclesial, en efecto, no es uniformidad, sino unidad en la diversidad⁶². «Como en el cielo —escribió el beato Josemaría—, también en la Iglesia Santa, que es la casa de Dios en la tierra, hay sitio para todos los hombres, para todas las formas de labor apostólica, cada una con sus características propias: *unusquisque proprium donum habet ex Deo: alius quidem sic, alius vero sic*

60. Col 3,14.

61. «Ecclesia est una (...) ex unitate caritatis, quia omnes connectuntur in amore Dei, et ad invicem in amore mutuo», (STO. TOMÁS DE AQUINO, *Expositio in Symbolum Apost.*, a. 9).

62. Cfr. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio notio*, cit., nn. 15-16; un comentario puede encontrarse en F. OCÁRIZ, *Unità e diversità nella comunione ecclesiale*, en «L'Osservatore Romano» (21-VI-1992) p. 11.

(1 Cor 7,7). Cada uno tiene de Dios su propio don, quien de una manera, quien de otra»⁶³.

Más en concreto, podríamos recordar aquí brevemente que la universalidad de la vocación cristiana no implica que ésta sea idéntica en todas las personas. Al contrario, la vocación llega a cada uno de modo personalizado: es sin duda común a todos, en el sentido de que todos son llamados a conseguir la misma meta, y todos los caminos que permiten llegar a ella poseen características esenciales comunes, por lo que con razón se afirma que la vocación cristiana es la misma para todos. Pero, al mismo tiempo, se configura siempre como vocación personal, de forma que cada cual es llamado a la plena comunión con Dios en Cristo en la Iglesia, a través de aquel sendero personal por el que la Providencia lo está guiando⁶⁴. Según escribió Juan Pablo II, la vocación personal no es otra cosa que «la modalidad según la cual se vive la idéntica dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor»⁶⁵.

Como se sabe, entre las distintas determinaciones de la común vocación cristiana (que jamás se da en su generalidad abstracta), existen algunas que no sólo llevan aparejadas la Providencia ordinaria de Dios que guía la libertad de cada uno, sino también una iniciativa divina que precede a cualquier conciencia y a cualquier decisión de la persona llamada⁶⁶, y conduce a vivir de un modo particular el espíritu de Cristo y la participación en la misión de la Iglesia. No nos detendremos aquí a considerar la existencia, naturaleza y diversidad de estas vocaciones (denominadas por lo general *vocaciones específicas*, como por ejemplo la vocación sacerdotal), ni podemos examinar tampoco el sentido en que decimos que *preceden* a la libre elección del hombre, en el ámbito del misterio de las relaciones entre eternidad y tiempo y gracia y

63. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta* del 15 de agosto de 1953, n. 15. Véase JUAN PABLO II, Ex. ap. *Christifideles laici*, cit., nn. 55-56.

64. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 112.

65. JUAN PABLO II, Ex. ap. *Christifideles laici*, cit., n. 55. Cfr. A. PIGNA, *La vocación. Teología y discernimiento*, cit., p. 106.

66. Véase, por ejemplo, M. ADINOLFI, *L'apostolato dei Dodici nella vita di Gesù*, Milán-Turín 1985, p. 55.

libertad⁶⁷. Pero en el contexto presente resulta oportuno insistir una vez más en la universalidad de la vocación, por cuanto constituiría un error pensar que la persona cuya vocación personal es la concreción de una vocación específica (en el sentido indicado), se encuentre más llamada a la comunión con Dios y a la edificación de la Iglesia que aquellos cuya vocación personal es, por decirlo así, concreción directa de la común vocación cristiana.

4. *Vocación a la santidad y misión de reconciliar con Dios a la creación* La llamada divina a la santidad, en su universalidad objetiva, no sólo implica la exigencia de

la santificación personal y del esfuerzo por la santificación de otros, sino también el deber de liberar la creación del desorden y de reconciliar todas las cosas con Dios: esto significa santificar el mundo. Se trata de lo que podría llamarse *dimensión cósmica* de la vocación cristiana: «Todas las cosas de la tierra —escribió el beato Josemaría—, también las criaturas materiales, también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios —y ahora, después del pecado, redimidas, reconciliadas—, cada una según su propia naturaleza, según el fin inmediato que Dios le ha dado, pero sabiendo ver su último destino sobrenatural en Jesucristo: *porque quiso el Padre poner en Él la plenitud de todo ser y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en la cruz* (Col 1,19 y 20). Hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»⁶⁸. La santificación del mundo y de todas las actividades y las estructuras tem-

67. Sobre este extremo, cfr. entre otros F. OCÁRIZ, *La vocación al Opus Dei como vocación en la Iglesia*, en P. RODRÍGUEZ-F. OCÁRIZ-J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*, cit. en la nota 5, en especial las pp. 145 ss.

68. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta* del 19 de marzo de 1954, n. 7. Sobre la expresión «poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas», muy frecuente en la predicación y en los escritos del fundador del Opus Dei, consultar P. RODRÍGUEZ, *Omnia traham ad meipsum. Il significato di Giovanni 12, 32 nell'esperienza spirituale di mons. Escrivá de Balaguer*, en «Annales theologici» 6 (1992) pp. 5-34.

porales lleva, pues, consigo el previo reconocimiento de la naturaleza y del fin propio de cada una de estas realidades, de su valor creatural y, por tanto, de su origen divino: he aquí el presupuesto necesario para aferrar «la última destinación sobrenatural en Jesucristo».

La misión de santificar el mundo compete a toda la Iglesia y, por ende, a todos los fieles, a cada uno de la manera más conforme con su vocación personal. De ahí la *dimensión secular* propia y esencial de toda la Iglesia. Pero —según ha recordado el Concilio Vaticano II— compete a los laicos la santificación del mundo desde dentro de las actividades y de las estructuras temporales⁶⁹: se trata de la denominada *índole* secular de los fieles laicos. También quienes se encuentran llevados por la propia vocación a una cierta separación de las condiciones ordinarias de la existencia humana, desempeñan un papel eficacísimo en la santificación del mundo; es el caso del estado religioso o, más en general, de la vida consagrada, que pertenece de forma indiscutible a la vida y a la santidad de la Iglesia⁷⁰.

Está claro que la universalidad de la vocación a la santidad representa una decidida afirmación del valor positivo que poseen las realidades terrenas y, de manera particular, el trabajo, aunque siempre en un contexto teologal: nos encontramos en las antípodas de cualquier naturalismo. Más aún, todo esto requiere el conocimiento teórico y práctico del primado de la gracia, porque no es nuestra la fuerza que santifica al mundo: ese vigor nos es dado por Cristo en el Espíritu Santo. A este respecto, resulta útil recordar la evocación de san Marcos de la llamada de los Apóstoles por parte de Jesús, el cual «eligió doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios»⁷¹. *Estar con Cristo* representa, pues, la premisa indispensable de toda la eficacia de los Apóstoles y, des-

69. Cfr. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, nn. 31, 33 y 36; Decreto *Apostolicam actuositatem*, nn. 2 y 5; JUAN PABLO II, Ex. ap. *Christifideles laici*, cit., n. 15. Cfr. también Á. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos en la Iglesia*, 2.ª ed., Pamplona 1981, pp. 191-197.

70. Cfr. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 44.

71. Mc 3,14-15.

pués, de todos los cristianos, que se hallan llamados a participar activamente en la misión apostólica de difundir el Evangelio, no sólo como doctrina, sino en toda su realidad de «fuerza de Dios para la salvación de todo el que crea»⁷²; fuerza que cura cualquier enfermedad del espíritu humano y libra al mundo del poder del maligno. El *estar con Cristo* se actualiza de manera eminente en la Eucaristía, «en la que el Señor nos da su Cuerpo y nos transforma en un solo Cuerpo»⁷³, del que se comprende que la Eucaristía represente «el centro y la raíz»⁷⁴. Y es precisamente partiendo de esta raíz eucarística, en la que el misterio de la Iglesia se realiza y se manifiesta en su forma más esencial⁷⁵, como toda la vida del cristiano se torna vida de la Iglesia y, por tanto, signo e instrumento de la salvación del mundo⁷⁶.

* * *

Si, al llegar al término de esta ponencia, dirigimos nuestro pensamiento a la historia pasada y presente del mundo y de la Iglesia, podría insinuarse todavía en nosotros la idea de que la doctrina sobre la vocación universal a la santidad sea, sí, una hermosa teoría, pero bastante utópica. No es el momento de adentrarse en particulares reflexiones sobre la teología de la historia, envuelta como se halla en el misterio de Dios y de Su obrar en el hombre y en el mundo. De todas formas, no hay que olvidar que la santidad constituye sin duda el término del esfuerzo personal de cada uno, pero también y sobre todo es *don de Dios* no sólo a las personas singulares sino a la Iglesia y al mundo, por cuanto la solidaridad de todo hombre con Cristo hace que la

72. Rom 1,16.

73. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio notio*, cit., n. 5. Sobre la índole eucarística de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, cfr. J. RATZINGER, *Il nuovo Popolo de Dio*, 4.ª ed., Brescia 1992.

74. *Es Cristo que pasa*, n. 87.

75. Cfr. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio notio*, cit., n. 5.

76. Cfr. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 1.

santidad *in Christo* de algunos obre misteriosamente en favor de la salvación —la santidad final— de muchos.

Llegados aquí, querría cerrar mi intervención leyendo un hermosísimo pasaje, muy conocido, de los escritos del beato Josemaría Escrivá. He aquí el texto:

«Si se recorre con la mirada la historia de los hombres o la situación actual del mundo, causa dolor contemplar que, después de veinte siglos, hay tan pocos que se llaman cristianos, y que, los que se adornan con ese nombre, son tantas veces infieles a su vocación. Hace años, una persona que no tenía mal corazón, pero que no tenía fe, señalando un mapamundi, me comentó: *He aquí el fracaso de Cristo. Tantos siglos procurando meter en el alma de los hombres su doctrina, y vea los resultados: no hay cristianos.*

»No faltan hoy quienes todavía piensan así. Pero Cristo no ha fracasado: su palabra y su vida fecundan continuamente el mundo. La obra de Cristo, la tarea que su Padre le encomendó, se está realizando, su fuerza atraviesa la historia trayendo la verdadera vida, y *cuando ya todas las cosas estén sujetas a Él, entonces el Hijo mismo quedará sujeto en cuanto hombre al que se las sujetó todas, a fin de que en todas las cosas todo sea Dios (1 Cor 15,28).*

»En esta tarea que va realizando en el mundo, Dios ha querido que seamos cooperadores suyos, ha querido *correr el riesgo de nuestra libertad*. [...] El optimismo cristiano no es un optimismo dulzón, ni tampoco una confianza humana en que todo saldrá bien. Es un optimismo que hunde sus raíces en la conciencia de la libertad y en la fe en la gracia; es un optimismo que lleva a exigirnos a nosotros mismos, a esforzarnos por corresponder a la llamada de Dios»⁷⁷.

77. *Es Cristo que pasa*, nn. 113-114.